

¿Quién es Quién en las Letras Chilenas?

HERNAN POBLETE VARAS

AGRUPACION AMIGOS DEL LIBRO

Agrupación Amigos del Libro

Inscripción Nº 46.869

COMITE DE EDICIONES

Roque Esteban Scarpa

Carlos López Labaste

Carlos George-Nascimento

Oreste Plath

Pepita Turina

Alfonso Calderón

Claudio Orrego Vicuña

Arturo Valdés Phillips

Carlos Ruiz - Tagle

Tiraje: 1.000 ejemplares.

Impreso en los talleres de
la Editorial Nascimento S. A.

— Arturo Prat 1428 —
Santiago de Chile, 1979

¿Quién soy?

Julio Barrenechea cuenta la historia de un poeta al cual amigos y admiradores decidieron rendirle un homenaje en la forma de esos banquetes por adhesiones que todos alguna vez hemos sufrido y en la mayoría de los casos como adherentes. El homenaje fue tan oratorio, comido y regado que ya por el segundo plato el poeta yacía bajo la mesa, en estado de inquieta modorra. Desde allí, en la absoluta proximidad del suelo, escuchaba los elogios, los ditirambos, los aplausos. Pero ocurría que de cuando en cuando los oradores y los festejantes se entregaban apasionadamente a la tarea de comer y beber, y se producía un silencio de voces y aplausos. Entonces, víctima del silencio, el poeta levantaba su vacilante humanidad hasta asomar la testa por encima de la mesa y gritaba con profunda angustia: haláguenme, haláguenme, y

volvía a caer entre las patas de aquélla y de los comensales.

Cuando pienso en que debo hablar de mí mismo, no puedo olvidar la imagen del poeta ansioso de halagos. Una vieja costumbre de retraído y silencioso podría conservarme a salvo del amor al incienso, los vítores y aplausos. Pero más vale prevenir que curar. Por tanto, les pido encarecidamente que en cuanto adviertan que me asoma el ego de cualquiera especie, se pongan a silbar como si yo fuera un árbitro de fútbol.

* * *

¿Quién soy? Lo malo es que para imaginar quién soy tengo que pensar primeramente en quién fui. Porque ese "hombre y sus circunstancias" de Ortega comprende, en los dos sentidos de este término, el ser y el acontecer de pasado y presente.

Tengo que comenzar, pues, por el niño nacido a destiempo, en un hogar en que otros seis lo precedían (aunque uno se había ido a los pocos meses de llegar) y todos a distancias siderales. El menor de mis hermanos me lleva seis años de ventaja, y

la mayor diecinueve. Mi padre era cincuenta y un años mayor que yo, y mi madre cuarenta y dos. Con razón un amigo de la casa comentó que podría ser hijo de mi hermana mayor... lo que me habría puesto en la extraña situación de ser sobrino mío. Fui, pues, un hijo inesperado, una sorpresa mayúscula, tan mayúscula que pesaba al nacer cerca de cinco kilos y, según dicen las leyendas, me puse a gatear tan pronto como mi madre me entregó al convulsionado mundo de la posguerra mundial número uno.

Mis primeros años —después del nacimiento en la calle Chacabuco de Valparaíso y, más exactamente, en el edificio del diario “La Unión” que dirigía mi padre— mis primeros años, digo, transcurrieron en Quilpué, junto al arrullo metálico de los molinos de viento, símbolos del hermoso pueblo convertido más tarde por las estériles campañas de turismo en “la ciudad del sol”. Allí jugué, corrí y le di de martillazos en el cráneo al hijo de la cocinera, en la inmensa casona que adquirió mi padre para alejarnos de la humedad del Puerto, tras la muerte de una de mis hermanas víctima de la tuberculosis. ¡La muerte! Es difícil para un niño imaginar la muerte: ¿Cómo pensarla, cuan-

do uno es todo vida ascendente? Pero estuve en mis primeros días rodeado por la atmósfera de la muerte, la muerte de una niña de quince años, y por la congoja de mis padres, presente aunque procuraran ocultarla. Sin duda, aquella aura fatal y dolorosa influyó en mi espíritu infantil, que procuró dar forma a una idea tan ajena a la mente del niño. Y en mis pesadillas y terrores nocturnos que, con algunas variaciones, me acompañaron hasta la madurez, inventé —quizás— una imagen adecuada a la propia experiencia: una hermana muerta era como esas muñecas con rostro de loza que han perdido la cabellera primitivamente pegada a un trozo de cartón que completaba la redondez del cráneo. Sólo quedaba un gran agujero por el cual se veía el mecanismo de los ojos que se abren y cierran. Un vacío, una macabra mutación del juguete en calabaza descortezada.

Junto con las estructuras crujientes del molino, los tentadores recovecos del jardín, la vastedad de las salas, la figura de la muñeca sin cabellos, desaparecida la tapa de los sesos, que corre por los senderos de tierra y entre arbustos y flores, forman las primeras visiones de una infancia rodeada desde la cuna por una presencia letal.

Tenía unos cuatro o cinco años cuando nos trasladamos a Viña. Qué esplendor, qué luces y alegría esa enorme casa —que entonces llamaban “chalet”— situada en el primer lomaje del cerro Las Colinas, abierta al mar y al ancho horizonte limitado sólo por el cerro Castillo y las lejanías de Concón y Quintero. En los días más claros, precursores de la lluvia, la visión se alargaba hasta la silueta imprecisa de la “silla del gobernador”.

Aun vista en sus reales proporciones, era de verdad una hermosa quinta, que encaramaba sus jardines y su bosquecillo de aromos por las laderas de la colina. Grandes eucaliptos con figura de candelabros y murmurantes pinos la cercaban como un muro defensivo que en las noches de invierno y bajo el soplo de las tempestades adquiriría una vida inexpresable, orquestada por los silbidos del viento y los rotundos ecos del trueno:

La casa,
gran velero,
navega en el viento de la noche.
A todo trapo las alas de sus árboles,
toda la marinería de sus pájaros.

En las largas horas que mi hermano Daniel pasaba en el colegio, la casa, sus jardines, sus árboles gigantes, sus rincones sombríos que destilaban misterio, constituían el refugio de una perfecta soledad, si es que hay alguna perfección en eso de estar solo.

Sin más compañía que Dick, el perro blanco de narices y ojos negros que le valieron el apodo de “tres puntos”, divagaba, niño, por este universo vegetal.

Es posible que allí se cultivara por sí sola esa poca imaginación que poseo. La soledad me hizo imaginar aventuras, crear míticos amigos, uno de los cuales es precursor, a su manera, de un personaje forjado por Alicia Morel: Hoja Seca. En mi caso, Hoja Seca no era un duende. Era un niño. Era el amigo imaginario que me acompañaba en mis fantásticos paseos por un mundo propio y hermético. Tan real, para mí, que hasta tenía un hermano. Y de este modo, Hoja Seca, yo y el Hermano de mi Amigo formábamos un trío que se aventuraba horas tras horas en el universo de los prados, los árboles y el sendero en zig-zag que recorría el jardín desde su nivel más bajo, en la puerta de acceso, hasta las alturas de la escalinata prin-

cipal y la solana que se abría como un puente de mando sobre la ciudad y el esplendor del océano.

Por las tardes de sábado y domingo, cuando se hacía la oscuridad y mis padres jugaban rocambor con sus amistades, arriba, en el segundo piso en penumbras, pues apagábamos todas las luces salvo una que daba aspecto de escenario al "hall" de distribución, los tres hermanos menores (Elsa, Daniel y Hernán, en este mismo orden cronológico) nos entregábamos a actividades hartamente saludables.

Era el más apasionante de los juegos: el juego del miedo.

Comenzábamos por trazar procesionalmente un círculo mágico, pronunciando los debidos conjuros. Luego, los dos que oficiábamos de víctimas y espectadores, nos sentábamos en el suelo, en medio del círculo, mientras el principal actor de esta liturgia desaparecía por el largo corredor en tinieblas y la escalera de servicio. Se hacía el silencio. Un silencio que había que mantener de acuerdo con los cánones previamente establecidos hasta que se nos ponía el cuero de gallina. Entonces comenzaban las invocaciones, variables según el programa:

—¡Ven, Brujo de la Escoba!

—¡Ven, Brujo Verde!

—¡Ven, Brujo del Fuego!

Se espesaba el silencio, apenas ritmado por el rumor de las conversaciones y el tintinear de las fichas que llegaban hasta nosotros asordinadas, como procedentes de unas lejanías que el miedo dilataba.

De pronto, emergía de la escalera con lentos y sonoros pasos, el fantasma de turno: una forma inconocible, un bulto blanquecino que alargaba hacia nosotros un enorme brazo envuelto en temblorosa túnica, una visión que el temor hacía gigante, monstruosa, aterradora, y que se acercaba, se acercaba, cadenciosa y murmurante, hasta que no soportábamos más la emoción y el terror, y encendíamos las luces. Entonces mi hermana arrojaba lejos la sábana, la escoba, las botas, en fin, los diversos artefactos con que armaba sus disfraces y casi nos moríamos de la más temblorosa de las risas.

En otras ocasiones, el brujo era Daniel, que desarrollaba sus condiciones mímicas e histriónicas, y era capaz de desfigurar el rostro con las más pavorosas expresiones. Cuando recuerdo su arte

de transmutarse, pienso que erró su vocación: debió ser actor y no ingeniero agrónomo. Seguramente habría tenido éxito, y se habría divertido muchísimo, amén de evitarse los sinsabores de la Reforma Agraria en colapso.

Estos notables experimentos sobre el miedo tuvieron un fin inesperado. Un día reclamé mi derecho a ser el Brujo, y éste me fue generosamente concedido. Con gran entusiasmo, bajé las escaleras y busqué algún equipo que me permitiera personificar al brujo de mi propia invención, que ha de haber sido el del paraguas o el invierno. A falta de algo mejor, cogí un impermeable del que me sobraba poco más o menos el doble de mi tamaño y me lo eché sobre la cabeza, de tal manera que me cubrió por entero, incluyendo los ojos. Ese fue mi error, pues caminando a ciegas no le apunté al vano de una puerta y me di un tremendo cabezazo contra la pared. Ahí fueron los gritos, el cototo, el llanto incontenible, la alarma y la rápida intervención de mi madre en rescate del regalón accidentado, el descubrimiento de nuestro brujo secreto y la prohibición so quién sabe qué penas, de repetir estos juegos en los que el niño de la casa había salido considerablemente averiado.

Por esos tiempos comencé a ir al colegio. Un pequeño colegio, en que aprendí a leer, a escribir y me enamoré de la profesora, como corresponde.

Y aquí ocurre una interrupción violenta y decisiva en mi existencia. Un día amanecí con un torvo dolor en la espalda. Un dolor que se alargaba, solapado y tenaz, por mis entrañas, hasta el punto de no saber exactamente qué era lo que me dolía, sólo que no me dejaba, casi, respirar. Con esa pertinacia de los niños que se niegan a aceptar la realidad que les obstruye el camino, soporté mis males en silencio, esperando a que se fueran por sí solos, hasta que el dolor y el abatimiento se hicieron insoportables y tuve que confesar que estaba enfermo, muy enfermo, acaso mortalmente enfermo. Entonces vino la congoja familiar y con ella, los médicos. En resumen: pleuresía.

Recuerdo tres meses dolorosos, en que subsistí sumergido en una duermevela en la que todas las fuerzas parecían fallar y la luz de la existencia se empequeñecía entre el olor de las compresas de alcohol caliente y el tenue resplandor de la estufa de parafina que dibujaba en el techo de mi dormitorio unos furtivos arabescos, y las voces familiares de los que se acercaban en puntillas para averi-

guar cómo se sentía aquel enfermo que en realidad casi no se sentía, sepulto en el nirvana de la fiebre y las pócimas calmantes. Sobrevivir, es la palabra exacta. Y luego, con el resurgimiento de la salud, vino el diagnóstico consecuente, expresado en un término que ahora se disimula en un eufemístico “complejo primario”. Entonces, lisa, llana y desgarradoramente, se llamaba pretuberculosis.

Eran los tiempos anteriores a la penicilina de Fleming, y la única cura conocida era la del clima. Por dos inmensos y aburridos años fui desterrado a la cordillera, a la ciudad nunca ingrata de Los Andes. Sólo en la temporada veraniega se me permitía volver a mi hogar viñamarino, o practicar la vida del campo, en el fundo que trabajaba un tío paterno.

Allí, en el frío invierno andino, se sumaron a las soledades cronológicas, aquellas del ambiente. Cautivo entre las paredes de un hotel que presumía de inglés —vaya uno a saber por qué— en la compañía de mi madre y de mi hermana Elsa, ambas lectoras inveteradas, mis soledades se abrieron a un nuevo mundo: los libros, quehacer tranquilo y practicable aún en el encierro de los grises días invernales y en el refugio de la cama acoge-

dora. Leí cuanto tuve a la mano y muy pronto, agotadas ya las lecturas propias de la edad, me precipité sobre los libros de mis adultas acompañantes. De este modo y por arte providencial, conocí y amé nada menos que a Calderón de la Barca. Su "Vida es sueño" fue mi vida y mi sueño. No podría decir cuántas veces la leí y releí, pero fueron tantas que cuando ingresé al colegio de los Padres Franceses y el señor Jiménez, que estaba a cargo de la Segunda, dio como tarea la de aprenderse una poesía, yo rendí la prueba recitando de punta a punta el monólogo principal de Segismundo, mientras el pobre profesor trataba inútilmente de interrumpir mis efusiones declamatorias.

Un día, los médicos me dieron "de alta" y con gran júbilo colectivo regresamos al hogar, justo cuando terminaba el año. Mi padre nos tenía una sorpresa: el primer equipo llegado al país con radio de onda corta y larga y un maravilloso tocadiscos eléctrico. Un prodigio, en que caí como una piedra en el vacío: todo el universo de la música, puesto allí, a mi alcance, sin necesidad de desarrollar ciclísticas empresas en el autopiano de la casa. Durante horas, me entregaba al placer de oír, de escuchar música, siempre con el suspenso

que procuraban esos discos de antaño, tan escurridizos y frágiles: Bastaba un pequeño golpe, y adiós toda una sinfonía.

Nuestros juegos también cambiaron por esos tiempos, y los brujos sabatinos fueron sustituidos por los soldaditos de plomo. Como la Primera Guerra Mundial estaba todavía de actualidad y más en casa de quien fue un sagaz comentarista de los acontecimientos bélicos y diplomáticos y donde abundaban, por tanto, los relatos guerreros y las revistas llenas de fotografías de batallas, muertos, "héroes y tumbas", los soldados de plomo estaban destinados a reproducir en estatura infantil y doméstica aquella tragedia universal. Y como yo era el menor y los menores siempre juegan de perdedores, en nuestras grandes batallas de plomo, barro y cañones de juguete mi hermano Daniel me adjudicó implacablemente el papel de comandante en jefe de las fuerzas alemanas. Así, pues, fui alemán de oficio, y de acuerdo con la historia y la buena puntería de mi contrincante, perdí sin discusiones todos los combates a que fueron sometidas nuestras heroicas mesnadas.

Esta forzada adaptación germánica debió producir en mí ciertos reflejos condicionados, porque

al poco tiempo me hallé tratando de aprender aquel endiablado idioma mediante un libro extraído del subterráneo de la casa: "Como hablar alemán en siete días".

Era un texto sorprendente, que lamento haber perdido, en el cual se daban exactas traducciones, con fonética y todo, de frases tan agudas e inteligentes como esta:

"Nuestros tíos por la línea materna viven en Hamburgo, pero yo tengo una linda caja de lápices de color".

Curioso, curioso, como decía Pedro Prado: años más tarde, muchísimos años más tarde, la señora de un profesor alemán residente en Valdivia hizo este doloroso comentario lingüístico:

—¡Ach, qué lástima que Hernán que pronuncia tan bien el alemán, no lo sepa hablar! Donner wetter!

* * *

Año 1934. Estoy en el tercero de Humanidades, luchando a duras penas con los ramos científicos, aunque tengo cierta fama de buen alumno de los humanísticos. ¿Destino o vocación? Un

acontecimiento que conmueve la vida familiar ayudará a acentuar la vertiente intuida: mi madre descubre que su hermano Carlos, largo tiempo desaparecido en europeos avatares, está gravemente enfermo en un hospital; lo rescata y, convaleciente, se lo lleva a casa. Este tío Carlos es "Montcalm": un hombre alto, macizo, majestuoso, pulcro y limpio como recién salido del baño. Una sonrisa irónica que alcanza hasta los ojos finamente plegados en innumerables arrugas revelan en él un vivo espíritu siempre alerta y también al neurótico irremediable. Lo rodea un aura de fama: una larga vida de bohemia periodística como corresponsal en París de revistas y diarios chilenos, y el prestigio de ser un "croniqueur" excepcional.

"Montcalm", orgulloso y reticente, sólo se incorpora en las tardes a la vida familiar, tras la jornada de trabajo en una decadente oficina municipal de turismo. Silencioso, retraído, comparte nuestra mesa con un mutismo que sólo rompen las frases de cortesía. Mi padre no fuerza la situación: la maneja con esa paciencia que trasunta su ejemplar respeto por el prójimo, y mantiene una atmósfera de armonía que va pavimentando el regreso de aquel que sigue ausente, aunque sentado

allí, junto a la cabecera. Todos nos esforzamos por hacer gratas las cosas, hasta que la resistencia cede. Una noche, una noche cualquiera, "Montcalm" llega con un obsequio para su hermana y lo que es el mayor obsequio: un ánimo alegre, comunicativo, cordial. Entonces se inicia un episodio luminoso y desdichadamente breve. Después de la cena, estos dos hombres notables (mi padre, "Ronquillo" y mi tío "Montcalm") hablan, conversan, cuentan, comentan en torno de todos los motivos imaginables: arte, literatura, política, viajes, tiempos pasados, experiencias periodísticas, humorístico anecdótico.

Algunas veces, de paso, se suma a la tertulia mi hermano Carlos, que por esos tiempos vivía en Santiago con su mujer y los dos primeros hijos. Carlos trae las visiones modernas, la música y la pintura impresionista, la literatura francesa. Es un vivo juego de ideas, de conocimientos, al que asisto tan apasionada, emocionadamente, que hasta consigo de mi madre la autorización para no irme a la cama a la "hora de los niños", sino cuando la larga conversación se extingue y mi padre, extrayendo su reloj de uno de los bolsillos del chaleco declara que es hora de acostarse. Fueron unos cor-

tos días iluminadores gracias a los cuales entendí, definitivamente, cuál era mi camino.

Ocurrió en ese tiempo un acontecimiento que me tocó vivamente: la muerte del rey de los belgas mientras practicaba montañismo. Como yo había vivido, a través de los libros, cada uno de los episodios de la Primera Guerra Mundial, la muerte del heroico príncipe que resistió con sus ejércitos la invasión alemana fue un golpe conmovedor. Tanto, que me precipité a la máquina de escribir y de un tirón redacté algo que podría calificarse de nota necrológica. Y no supe qué hacer con ella . . .

Después de darle muchas vueltas al asunto, decidí que alguien tenía que tomar nota de este pequeño parto literario ¿Quién? Llevárselo a mi padre, agobiado de trabajos y de males físicos, habría sido un delito de lesa literatura. ¿Quién? Sí: "Montcalm" podría ser el confidente.

"Montcalm" arrugó su entrecejo y sus párpados hasta que los ojos se le redujeron al más mínimo tamaño; leyó, releyó, me miró de "hito en hito", como diría un novelista del novecientos. Presentí una tormenta. —Es muy bueno, me dijo, déjemelo.

Después supe el resto de la historia. Con mi

pequeño escrito en un fragmento de cuaderno se fue donde mi padre:

—Egidio —le comentó— su hijo es escritor.

Mi padre me llamó a su biblioteca. Conversamos.

Desde entonces y hasta su muerte en 1940, tuvo la paciencia de corregir uno a uno los raudales de crónicas, mini-ensayos, cuentos y proyectos novelescos con que lo agobié. Encerrados ambos en la salita en que jugaba solitarios de dos naipes, corregía mis incipientes trabajos y me enseñaba el arte de escribir, la gramática, el uso o el mal uso de los adjetivos, los principios etimológicos que guían a un idioma vivo, la pulcritud de la expresión. Jamás tuvo un gesto condenatorio para mis excesos líricos o mis atropellos lingüísticos. Con la paciencia del padre que forma a su hijo, fue construyendo al aprendiz de escritor que así se convertía en doblemente hijo: de la sangre y de las letras.

Muy poco después, mi tío “Montcalm” decidió abandonarnos. Fue una triste despedida:

—Hernán, usted es escritor. Persista. Cultívese. Trabaje mucho. Para eso le va a hacer falta una máquina de escribir. Le dejo la mía. A usted le

será útil y al cabo yo la uso muy poco y, además, como tengo los dedos tan gordos, cada vez que trato de escribir en ella aprieto teclas de más.

Así tuve mi primera máquina de escribir, que es como la antepasada de la que uso actualmente.

La vida transcurre a saltos y a pausas. El último acontecimiento, que señala el fin de mi vida adolescente ocurre en 1938. Gracias a los esfuerzos de un par de fieles amigos, seguidos en su iniciativa por una multitud, mi padre pudo publicar su traducción de "La Eneida", que había concluido exactamente diecinueve años antes, casi al par con mi nacimiento. Fue un instante de gloria espectacular: se multiplicaron los homenajes públicos; alguien presentó su nombre como candidato al Premio Nobel de Literatura; hubo aplausos tan ilustres y lejanos como el de Unamuno, que calificó esta traducción como la mejor lograda en nuestra lengua; la Real Academia de Italia le otorgó el Premio Roma (una de las tres Medallas de Oro recibidas por escritores chilenos). Mudo, emocionado, asistí a estos homenajes y sólo saqué la voz para recibir a mi padre en la sesión solemne con que lo celebró la Academia Literaria de mi colegio, que yo presidía. Era la gloria en el momento

del crepúsculo: año y medio más tarde mi padre moría y yo comencé a ganarme la vida en la tarea menos intelectual que se pueda concebir: como “suche” en un banco comercial.

Pero la máquina de mi tío no tuvo reposo: escribía, escribía. Y cuando me pareció que lo estaba haciendo relativamente bien, me atreví a enviar un pequeño trabajo al diario. Era sobre Gonzalo de Berceo, admirable cantor de la sencillez. Lo publicaron. Fue celebrado. Tal vez el mejor homenaje me lo ofreció Guillermo Garnham, llamado el loco, hombre cultísimo y de formación latinista. Al verme un día por la calle, me gritó de una acera a otra:

—Te felicito. Se conoce que lees a Azorín.

Era verdad. Leía a Azorín. Y lo releo. Es una buena costumbre.

* * *

Hay que “quemar las etapas”, como dicen los franceses. Avancemos: en 1949 me casé y me vine a vivir a Santiago. Me habían dado el cargo de administrador y coordinador de Radios La Cooperativa Vitalicia, un trabajo en el que poseía alguna

experiencia adquirida en Valparaíso y que, por esos tiempos, tenía mucho de imaginativo y creador, cualidades que desdichadamente la radiodifusión ha perdido y sólo Dios sabe si podrá recuperar. La serenidad de una feliz vida conyugal y el nacimiento de mis dos primeros hijos bastaban para llenar la existencia y alejar, al menos momentáneamente, las inquietudes literarias. Estas sólo se manifestaban en las acostumbradas horas junto a la máquina y en las periódicas visitas a la librería de la Editorial del Pacífico, en calle Ahumada, en que siempre había tertulia y gratos encuentros. Allí reanudé viejas amistades: con Alejandro Magnet, con Julio Serrano, en fin, con variados contertulios inteligentes y fraternos.

Un día me llamó el gerente de la editorial para encomendarme la preparación de una antología poética de Oscar Castro. Fue una empresa difícil, que afronté con titubeos y vacilaciones. Finalmente, la antología se publicó, con prólogo de Magnet y fue recibida con éxito de público y de crítica. Gracias a ella, conocí a algunos inolvidables personajes, como Ricardo Latcham, tempestuoso amigo que sostenía a gritos, algo después, que sólo él y yo éramos los críticos capaces de decir la verdad.

Por esos mismos tiempos, contribuí con un informe a que se publicara “Llampo de sangre”, después de haber leído emocionadamente los originales de esta novela, corregidos de puño y letra de su ya difunto autor. Las sucesivas ediciones de ambos libros prueban que aquello fue un buen comienzo, aunque en los primeros días me acosara el muy natural temor de pasar a la eternidad literaria a horcajadas de Oscar Castro.

También en aquella época decidimos crear en la Cooperativa lo que se llamó “el diario hablado”: toda una estructura compuesta por breves noticiarios de hora en hora, más tres grandes espacios noticiosos, y comentarios de actualidad sobre diferentes tópicos. El de los jueves estaba destinado a la literatura. Dirigía esta vasta organización periodística, con todo un equipo de reporteros, redactores y cronistas, un hombre excepcional: Guillermo Eduardo Feliú.

El espacio literario estaba en manos de Reinaldo Lomboy, que lo abandonó al cabo de algunos meses. Ante esta lamentable circunstancia, le propuse a Guillermo Eduardo que me entregara la sección. Temo —le advertí— que a muchos les parecerá raro que el administrador de una empresa sea, a

la vez, crítico literario. Es preferible que me mantenga en el anonimato.

Feliú, reticente con muchísima razón, me pidió un primer comentario. Cuando lo hubo leído, me llamó por el citófono:

—Tu crónica es buena, pero no me gustan los anónimos. Y como Juan Domingo Perón acaba de echar al rector Romero de la Universidad de Buenos Aires, decidí confeccionarte un pseudónimo con los nombres de los dos. Te llamas Domingo Romero.

Por algún tiempo, este inexistente Domingo Romero figuró como autor de mis artículos semanales, y tuvo considerable éxito. Tanto, que al cabo de un par de meses, aquello me pareció arbitrario, si no injusto:

—Quiero escribir con mi propio nombre...

—Me parece muy bien. Lo demás es una tontería.— contestó el director.

Y la siguiente crónica fue leída con mi nombre.

El primer eco de este acontecimiento fue sorprendente. Teníamos una reunión de ejecutivos de la Radio, bajo la presidencia de Carlos Vial, que era el director delegado de la compañía propietaria, en las emisoras santiaguinas. Tan pronto

como me incorporé a la reunión, y con esa directa ejecutoria que lo caracteriza, Carlos Vial me dijo:

—Mire, Hernán: escuché su comentario de libros. Es bastante bueno, pero usted no me negará que Domingo Romero es un hombre más profundo, al que se le nota la experiencia.

Así supe que yo era muy inferior a mí mismo. . .

Poco después de fallecer Domingo Romero, tal como había nacido, tomé a mi cargo “Los lunes literarios”, sección crítica de la “Discusión” de Chillán, diario del que era director y dueño un hombre admirable: Alfonso Lagos Villar.

Paradojalmente, yo no conocía entonces la ciudad de Chillán, ni al diario, ni a su sagaz director. Tal vez por eso me contrataron . . .

Me cuesta sacar la cuenta de cuántos años llevo ejerciendo la crítica literaria, pero me sobra tiempo para pensar en aquello que siempre se dice de los críticos y los criticados. Que los críticos son entes fracasados, que no hay crítico que tenga estatua en parte alguna del mundo, que los críticos no entienden nada, que los creadores de verdad son víctimas de los críticos, etc. etc. ¡Vanidad de vanidades, de unos y otros! Lo cierto es que algunos autores despotrican contra los críticos, y les atribu-

yen toda clase de virtudes negativas, y en cuanto publican un libro comienzan a considerarlos “respetables”, “estimados” o “afectísimos”. Por otra parte, hay críticos que se manifiestan “ex cathedra” y distribuyen al voleo halagos y condenaciones.

Creo, más bien, que el crítico cumple una función de nexo entre el autor y su público. Durante una apasionada polémica literaria, un escritor calificó a los críticos de “pontífices”, en el peor sentido. Y un crítico le contestó recordándole que pontífice significa constructor de puentes. Esta es la misión: establecer puentes, comunicaciones, intercambio, entre autores y lectores.

¿Que la labor crítica provoca desencuentros, odios, animadversiones? Me divierte semejante consideración, porque si mi experiencia vale de algo, ella indica que los honestos procedimientos causan agradables resultados. Puedo afirmar que la mayoría de las amistades que me honran en el mundo de las letras fueron obtenidas a través de la crítica no siempre positiva o benévola. Permítanme citar un ejemplo: Jaime Lazo publicó su novela “El Cepo”, y yo la comenté. Fue un comentario positivo, alentador, en el que señalaba

algunos evidentes defectos de esta obra primeriza e inestable. Conocí a Jaime cuando llegó a mi oficina a pedirme que le facilitara una copia de mi artículo sobre "El Cepo", pues él no había tenido ocasión de leerlo. Le regalé un ejemplar del diario y Jaime Lazo se fue, muy agradecido. Una media hora más tarde me anunciaron que Jaime Lazo quería verme. Era extraña, la fulminante reacción. Lo recibí. Jaime venía trémulo, enrojecido, tartamudeante:

—Don Hernán —me dijo— en cuanto me dio su artículo me fui a leerlo, a la plaza de armas. Lo leí y me dio tal indignación que decidí de inmediato venir a verlo, para pegarle. Estaba furioso, ofendido, dispuesto a sacarle la mugre, don Hernán. Y por el camino he venido pensando en todo lo que usted me dice. Tiene razón. Discúlpeme. Se lo agradezco mucho.

Y me abrazó. Desde entonces, fuimos muy buenos amigos. Podría repetir el caso con numerosos autores. Sólo recuerdo una excepción: un escritor de la llamada "generación del 50" que tras un volumen de cuentos de merecido éxito publicó otro en que se le notaba el talento, pero también esas euforias del prestigio adquirido que lo hacen a uno

capaz de publicar cualquier cosa, girando contra los fondos del triunfo ya pasado. Dije esto en mis comentarios, recalcando, además, las grandes cualidades de un autor que, evidentemente, se había sobrestimado. Aquí no hubo amenaza, sino la observación hecha a un amigo:

—¿Qué tiene en contra mía Hernán Poblete, que me ataca por los diarios?

Es una de las cosas que el crítico ha de aceptar a veces con paciencia y otras compasivamente: nunca el que se estima en la cumbre acepta salvavidas. Hay que preocuparse de los otros, de los que esperan tu palabra, tu apoyo, tu fraternidad en un camino en que se cumple lo que decía con su enérgica dulzura habitual nuestra inolvidable Marta Brunet: —Hijito, nosotros ya vamos pasando. Hay que tender la mano a los que vienen, por poco que nos parezcan.

* * *

En 1955 hizo su viaje inaugural por el Pacífico el Buque-Escuela “Esmeralda” de la Marina chilena. Gracias a los buenos oficios del gerente de la Radio, del Ministro de Defensa y del Comandante

en Jefe de la Armada, me colé en el barco, en calidad de corresponsal y relacionador. Se cumplió así un sueño que siempre juzgué inalcanzable: en mis lecturas adolescentes, vagué con la imaginación por los archipiélagos polinesios, conducido por Robert Louis Stevenson, Jack London, Joseph Conrad y Paul Gauguin. Tuve también la fortuna de ver una película inolvidable: "Tabú", obra maestra del cineasta Von Mulnau. Las lecturas, la contemplación de los cuadros de Gauguin, las vívidas imágenes de "Tabú" engendraron en mí una especie de nostalgia, nostalgia de aquello que no había conocido y que seguramente jamás conocería. Con oculto dolor, estaba resignado a la imposibilidad de encontrar aquellos mundos cuya hermosura fue capaz de modificar, de cambiar, la vida de tantos hombres notables.

Entonces, lo inesperado aconteció. Navegaba en la "Esmeralda" rumbo a las islas añoradas. En 183 días de viaje y 22.000 millas de recorrido, visité nuestra Isla de Pascua, Tahiti, Samoa Occidental, Guam, Japón, Hawai, y las dos ciudades de mayor encanto de los Estados Unidos: San Francisco y Los Angeles en California.

Gauguin dijo que el hombre que ha conocido

las islas jamás vuelve a ser el mismo. No me puedo preciar de haberlas visto sino entrevisto, divisado. Pero la huella quedó.

El perfume de Tahiti y los crepúsculos vespertinos frente a la isla de Moorea; las gráciles palmas cocoteras de Samoa, batiéndose al sol, refrescando con sus airosos plumeros la atmósfera húmeda y canicular; las azules aguas de Hawaïi, en las playas todavía libres de turistas; el esplendor de las montañas pétreas; el arrecife de coral que es una guirnalda de espumas en torno de las islas; el embrujo de los bailes al son de los tambores nativos; en fin, el encanto misterioso de las islas, sus flores, sus cascadas, su penetrante aroma, sus plácidas lagunas, su pueblo amable, fraterno como en la primera edad del mundo, señalan con huella inevitable y dejan una impronta que durará lo que dure la memoria.

Sin embargo, la mayor emoción de tan larga jornada no fue obra del paisaje, sino de un mueble.

En Apia, capital de Samoa Occidental, se levanta hasta hoy la casa de Robert Louis Stevenson, ampliada y convertida en residencia del Alto Comisionado de las Naciones Unidas, en la época de mi viaje. En la casa hay una chimenea, digna del

frío clima escocés, que Stevenson rehuyó hasta dar con las islas. ¡Una chimenea en pleno Ecuador térmico! Y frente a la chimenea, un amplio sillón de madera negra, con un brazo más ancho para escribir, como nuestras sillas universitarias.

—Usted es escritor —me dijo uno de nuestros anfitriones—. Siéntese: es la silla de Stevenson.

Lo hice, y pude tocar con mi mano aquel fragmento de madera sobre el cual se posó tantas veces la mano de Stevenson, sobre el cual fueron escritas con su delgada letra tantas prodigiosas historias de la vida insular. ¡La casa, el sillón, la chimenea de “Tusitala”, el contador de historias! Era para temblar de emoción ¡Era la cúspide de un recorrido por el mundo de mis propios sueños, el contacto con esta cátedra de aquel que tuvo la virtud de inspirarlos!

Al año siguiente publiqué “Misión en el Pacífico”, larga crónica de aquel viaje inesperado. Entonces, las ediciones corrientes alcanzaban a cuatro o cinco mil ejemplares. Así fue la de “Misión en el Pacífico”, un libro ahora inencontrable.

Me temo que parte del éxito se debió a un hecho fortuito. Por esos años todavía las editoriales publicaban libros y aún más: los exportaban. Mi li-

bro llegó hasta Buenos Aires y muy poco después recaló en el puerto bonaerense el Buque-Escuela, que regresaba de su segundo viaje de instrucción. Los tripulantes bajaron a tierra, vieron mi obra en los escaparates de novedades, y se precipitaron a comprarla con la natural solidaridad de los compañeros de aquel largo viaje. En pocas horas se agotaron las existencias. Los admirados libreros argentinos pidieron con urgencia nuevas remesas, sospechando que se trataba de algún espinudo ensayo de geopolítica. La sorpresa que se llevaron seguramente fue sensacional...

Aparte de los numerosos comentarios, "Misión en el Pacífico" me procuró grandes satisfacciones y alegrías, algunas de las cuales se prolongaron por años. Entre las primeras, debo contar las múltiples conferencias que dicté en centros culturales, colegios y escuelas. Entre las segundas, las duraderas, está el conocimiento con otro enamorado de las islas: Enrique Bunster, al cual me ligó desde entonces una amistad fraterna, de esas sólidas y bien cimentadas por la comunidad de ideales y de utopías. A través de él, conocí a una muy querida pareja franco-tahitiana que siguen en las filas

de los grandes amigos: Roger y Cecilia Divin. Y habría muchos otros que agregar.

* * *

En 1959, después de una encarnizada batalla electoral entre los sectores democráticos y los marxistas fue elegido en la Sociedad de Escritores de Chile un Directorio que integramos Julio Barrenechea, Marta Brunet, Alejandro Magnet, Miguel Arteche, Lucho Droguett, Carmen Castillo, Diego Barros, Claudio Giaconi, René Hurtado, Raúl Aldunate y yo: un grupo en el que también florecieron amistades perdurables.

Inicié allí una intensa colaboración con esa extraordinaria mujer y escritora que fue Marta Brunet, gran batalladora de las letras a pesar de la insidiosa ceguera siempre amenazante.

Juntos, por varios años y hasta su partida a Montevideo para desempeñar el cargo de Agregada Cultural, organizamos entusiastas ciclos de conferencias, entrevistas, exposiciones, tanto en el Departamento de Extensión de la Universidad de Chile, que dirigía Francisco Galdames, como en el Instituto Chileno-Norteamericano de Cultura.

Fue una importante labor, encaminada principalmente a estimular y dar a conocer los valores jóvenes de nuestras letras.

El ejercicio de la crítica, llevado con espíritu selectivo y con la doble perspectiva de la obra en sí misma y de su significado en el universo de las letras de la que forma parte, abre caminos a la investigación. El analista tiene en sus manos un cúmulo de materiales que, sistematizados y estudiados en ellos mismos y en su contexto, permiten trazar líneas más amplias y profundas que aquellas que admite el comentario periodístico. Las figuras aisladas se entrecruzan hasta integrar un tejido que se enriquece con la mutua relación y no merma el valor de cada una de sus fibras. Tal vez la crítica sería sólo echar agua en el mar, si no se considerara esta posibilidad de un trabajo menos "puntual" (como se dice ahora): un trabajo integrador que admita visiones globales, sin perseguir difusos panoramas, por supuesto.

Con este ánimo escribí y publiqué algunas breves obras que, así espero, habrán contribuido a la difusión de nuestras letras y a su conocimiento más amplio y profundo. A esta serie de trabajos pertenecen "Novelistas de hoy", recogido en la

Revista Atenea de la Universidad de Concepción; "El cuento en Chile", publicado por la revista trimestral de literatura de la Universidad de Florida, y fundamentalmente los "Tres Estudios sobre la narrativa breve en Chile", editado por el Instituto de Filología de la Universidad Austral.

Nunca pensé, sin embargo, enquistarme en esta actividad de crítico y analista. Por el contrario, he procurado a la medida de mis fuerzas, alternar esta función con la obra de creación pura. Uno de estos ensayos en el campo vivo de las letras es "Rosenthal", volumen de cuentos publicados en 1965.

Fue una interesante experiencia verme comentado después de tantos años de comentar. Una positiva, sorpresiva experiencia. Aunque comencé con temor la lectura de cada uno de los artículos de prensa dedicados a mi libro, tuve la satisfacción de que todos fueran favorables, y más que eso. La crítica y los escritores aplaudieron, pero el público casi ignoró la obra, gracias a los buenos oficios de la empresa editora que se obstinó en no entregarla a las librerías.

"Rosenthal" recibió el Premio Municipal en el género "cuento" el año 1966, y poco más tarde la

consagración de la Academia Chilena. Pero el libro premiado no estaba en las librerías.

Ese mismo año, tal vez cansado de leer antologías en las que se repiten monótonamente los nombres de autores y de obras, decidí realizar un experimento: le escribí a nueve personajes de las letras, pidiéndole a cada uno de ellos que señalara los cuentos que, a su juicio, eran los mejores y más entretenidos de las letras chilenas. Con esas nueve opiniones, más la mía, confeccioné un largo índice de preferencias. El espectro era amplísimo, desde Guillermo Blanco, que acumuló cinco votos entre “Adiós a Ruibarbo” y “La Espera”, a la prolongada lista de los relatos favorecidos con uno solo.

Esta antología por encuesta apareció al año siguiente, titulada “Cuentos de Cabecera”. La rapidez con que se agotó la edición, no repetida, prueba que el experimento tuvo éxito.

Entre tanto, mi familia había alcanzado su forma actual: tres hijos que son mi mejor obra, realizada con la inestimable colaboración de mi mujer.

Un ensayista inglés dedica el principal de sus trabajos a sus hijos, “sin cuya eficiente ayuda —di-

ce— esta obra habría sido terminada mucho antes”.

No puedo repetir lo mismo. Creo que me auxiliaron a su manera: durmiendo como troncos en mis largas noches de trabajo. Hubo un período, sin embargo, en que debo reconocer que empleé medios coercitivos para escribir en paz durante el día: mi paciente mujer los sacaba a pasear en citroneta mientras yo, en paños menores bajo la agobiante canícula santiaguina, trabajaba como un forzado en el que considero el mejor de mis libros: “Genio y figura de Alberto Blest Gana”, publicado por la Editorial Universitaria de Buenos Aires (EUDEBA) en 1968.

Ese fue un año de grandes decisiones. Por ahí en el mes de mayo, me telefoneó una noche mi amigo William Thayer, entonces Ministro de Justicia: “Vengan, tengo algo que contarles”. Fuimos y nos contó que le habían ofrecido la candidatura a Rector de la Universidad Austral de Chile. Tras un breve debate, le expresé que, al cabo, Ministro puede ser cualquiera, como está demostrado, y en cambio ser Rector elegido de una Universidad es más que un acontecimiento, una culminación. Acepta, agregué, siempre que no te quedes

en candidato sino en Rector y que me lleves de Secretario General.

William Thayer fue elegido por unanimidad, salvo comprensibles abstenciones, me propuso para el cargo de Secretario General y también obtuve la unanimidad de votos del mayor cuerpo colegiado de la Universidad.

Fue un salto mortal sin red protectora, pero caí parado y así me mantuve hasta que un gigantón me derribó.

Realmente: una aventura. No conocía Valdivia, ni menos la Universidad; no teníamos allá parientes, ni amigos, ni relaciones; comenzaba para la Austral un período nuevo, el de su flamante autonomía, con estatutos recién aprobados y organismos que había que poner en marcha sin el cómodo expediente de la experiencia adquirida; para colmo, la familia tenía que quedarse en Santiago hasta el término del año escolar. Fueron cinco meses de lluvia y encierro en el inhóspito y mal calefaccionado Hotel. Una etapa de prueba que resistí gracias al trabajo abrumador que no dejaba tiempo de aburrirse y a la compañía de otros dos solitarios: el Rector y el Primer Vicerrector, con quienes aventuramos viajes "de descubierta" y cono-

cimiento de la zona, guiados por un hombre sorprendente: Félix Martínez Bonati.

A fin de año, se trasladó la familia; nos instalamos en vieja casa, llena de encanto y atmósfera de misterio; compareció el radiante verano, y la vida se convirtió en una alegre peripecia, en la que conocimos uno de los males que aquejan a los residentes en lugares hermosos y con fama turística: en cuanto comienzan las vacaciones, aparecen en bandadas los sobrinos desconocidos y cantidades de “amigos íntimos” de los cuales ni sabemos el nombre, y que demandan la hospitalidad del querido tío o el inolvidable amigo (“aunque sea un rinconcito para tender los sacos de dormir”). En mi vida había tenido tantos parientes y camaradas fraternos.

Allí permanecemos nueve años, con un pequeño nomadismo domiciliario que nos llevó de una antigua casa con duendes hasta una mansión junto al río, para terminar, largo tiempo después, en un chalecito para profesores en el Campus de Isla Teja.

El largo invierno valdiviano y sus noches que comienzan a las cinco de la tarde, invitan al silencio y al trabajo. Escribí muchísimo, en las horas

que me dejaba libres la tarea de Secretario General y las huelgas, conflictos, polémicas y circulares cazurras con que nos favorecían nuestros adversarios intra-Universidad.

Durante muchos meses me sumí en la preparación y luego en la redacción de mi novela "Juego de Sangre", cuyo primer nombre fue "Tiempo de dioses". La novela traslada los acontecimientos narrados en "La Iliada" al escenario nacional y particularmente porteño. Un desafío que otros, más grandes que yo, también intentaron. ¿Por qué o para qué enfrentarlo? La respuesta viene desde lejos: Admiro profundamente la aventura griega, esa "sonrisa de la historia" como la llamó alguien que o era inglés o era un poco siútico. Los griegos poseían el arte de dignificar hasta las cosas y los acontecimientos más pequeños y burdos. Del susurro del bosque nacieron las Dríadas; de las escolleras, las Sirenas; de los esteros, las Náyades; en fin, de un intento de violación, el mito admirable de Dafne y Apolo. De igual modo, pienso que la leyenda de la guerra de Troya, con su concurso de belleza entre las diosas, el rapto de Helena, la alianza egea para vengar el honor ofendido de un reyezuelo, encubre una verdad nada poética:

una lucha tribal por cuestiones de mercado y rutas comerciales. Troya, o Ilión, estaba enclavada en el camino de las caravanas. Seguramente, los gobernantes del pequeño estado imponían tributos a los mercaderes que traficaban entre Oriente y Occidente: aplicaban su propio IVA a los productos, aunque fueran de primera necesidad . . .

Transportar estos hechos al mundo local, transformarlos en una reyerta entre bandas de traficantes y contrabandistas era re-crear un tiempo de dioses, o de hombres encarnizados en un juego de sangre.

El libro apareció en abril de 1973, cuando ya teníamos considerables nubes acumuladas sobre las cabezas. A pesar de que el espíritu y las preocupaciones estaban en cosas muy diferentes a la literatura, mi novela fue apreciada, celebrada por críticos exigentes y cáusticos como Alone y María Carolina Geel, entre otros muchos. Alone dijo: “un libro valioso y original y desconcertante, que no se puede juzgar así no más”. Y María Carolina: “Inevitable era, leyendo este libro, acordarse del Ulises de Joyce. Por mucha que pueda ser la distancia que espíritus puntillosos pongan entre ambos textos, diremos que si el inglés lanzó al

mundo una obra tan genial como fastidiosa, el chileno viene a presentar la suya llena de atractivo y vigor, para lo cual se necesita poseer un muy genuino talento”.

Creo que fue esta novela y sus comentaristas los que me abrieron las puertas de la Academia Chilena. En sesión de agosto de 1973, la Academia, por unanimidad, me designó miembro correspondiente en reemplazo de don Fernando Santiván fallecido ese mismo año. En mis nueve años valdivianos, uno de los momentos de mayor emoción fue aquel acto solemne en que se rindió homenaje a la memoria de Santiván, (Primer Secretario General de la Universidad Austral) y se me entregó el diploma de miembro correspondiente, ante un repleto Teatro Universitario, y con la presencia de tan queridos amigos como Julio Barrenechea y monseñor Fidel Araneda, que asistieron y hablaron en representación de la Academia.

Los otros tienen una significación más íntima: el momento en que debí entregarle, en el transcurso de una ceremonia pública, el diploma de título a mi hija Inés María, el matrimonio de ésta y, más tarde el del hijo mayor, Hernán Francisco.

Si debo hacer un balance de ese tiempo, que se

extinguió en 1977 por la acción de un individuo que, a la larga, me hizo un favor al dañarme, diré que estoy contento y en conformidad conmigo mismo.

Como Secretario General de la Universidad, hice de este cargo una institución fidedigna y dinámica; desde él y más tarde desde la función de Decano de la Facultad de Bellas Artes, promoví la actividad cultural, organicé exposiciones, conciertos, ciclos de conferencias, etc. y dejé creado el Bachillerato en Artes; personalmente, dicté una decena de conferencias, y escribí una respetable cantidad de páginas destinadas al libro o al periódico.

¿Qué dejé en Valdivia? Espero que un buen recuerdo colectivo; una labor honesta; dos hijos, sus cónyuges, dos nietas y otros en camino; una Escuela universitaria en desarrollo; una conciencia de cuánto pesan y cuánto pueden las actividades culturales en el destino de una comunidad.

¿Qué me traje? Lo principal: a mi mujer y a la menor de mis hijas; los originales de tres libros, uno de cuentos, una novela y una Historia de la Cultura Chilena en la época colonial, tres libros que siguen aguardando el momento en que se les

pase la timidez a los editores; un cúmulo de amistades profundas; la tranquilidad espiritual del que ha cumplido la misión encomendada; el ánimo de seguir, como sigo, en la tarea de las letras y en la lucha por el desarrollo cultural de mi patria.

Espero, como el buen administrador del Evangelio, haber devuelto con creces aquello que me fue entregado: eso da mucha tranquilidad.

Me preguntan **quién soy:**

Soy un **hombre: la brizna en el viento, la burbuja en el agua.**

Soy uno **que aguarda confiado,** seguro que la Nada es **sólo un espejo en que otros** se reflejan.

Mi vida es un transcurso, como los ríos del poeta que van a dar a una Mar que no es morir, sino retorno a la cuna y el origen.

Brizna o burbuja, las manos de Dios me encontrarán, y sólo seré una breve historia que lleva en sí misma el propio fin.

Hernán Poblete Varas

Santiago, abril 30 de 1979.

EN LA SERIE

**¿QUIEN ES QUIEN EN LAS LETRAS
CHILENAS?**

La Agrupación Amigos del Libro ha publicado los títulos correspondientes a los siguientes autores:

**Roque Esteban Scarpa
Miguel Arteche
Gabriela Lezaeta
Manuel Francisco Mesa Seco
Cecilia Casanova
Fernando González-Urizar
Julio Flores
Antonio Cárdenas Tabies
Jaime Quezada
Emma Jauch
Carlos Ruiz-Tagle
Alicia Morel
María Silva Ossa
Isabel Velasco
Juan Antonio Massone**

Pepita Turina
María Urzúa
Hugo Montes
Nicolás Mihovilovic
Ester Matte Alessandri
Enrique Neiman
René Vergara
Hernán Poblete Varas
Carlos René Correa
Fernando Debesa
Virginia Cox
Carlos Morand
Enrique Campos Menéndez
Angel C. González
Sergio Hernández
Floridor Pérez



COEDICION

ZAMORANO Y CAPERAN

LIBRERIA Y EDITORIAL

EDITORIAL NASCIMENTO